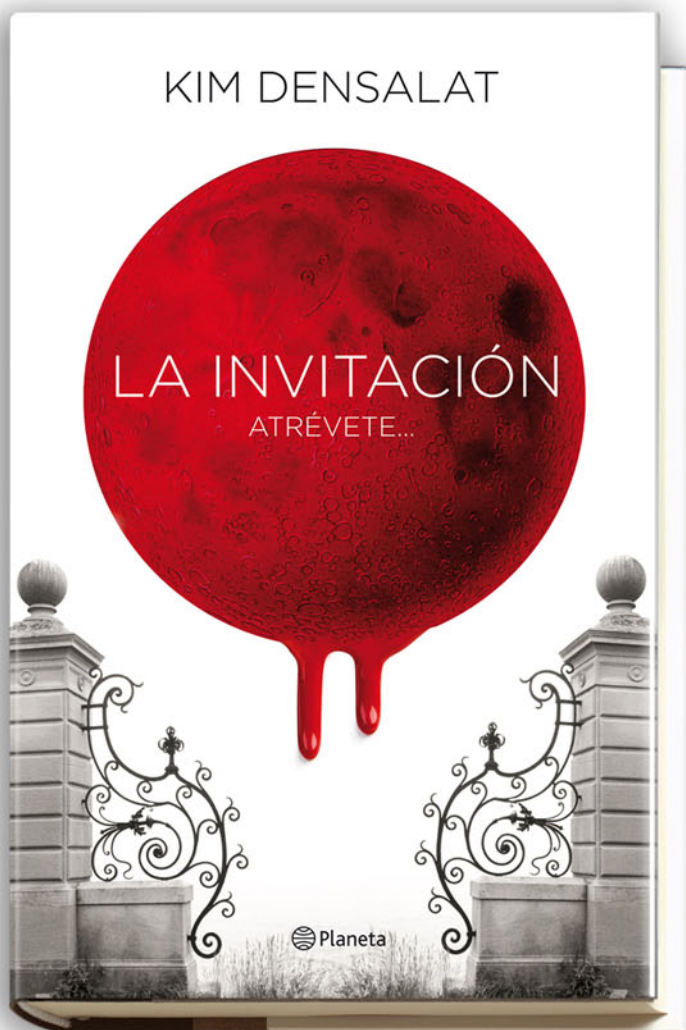


Fragmento
LA INVITACIÓN

Kim Densalat



ATRÉVETE...

Kim Densalat

La invitación

PRELUDIO PIRENAICO

Pirineos

La historia empezó en los Pirineos hace muchos, muchísimos años. Siempre me pregunto por qué la gente mira hacia el Himalaya o los Andes y se olvida de los Pirineos, cuando en realidad el último refugio de las hadas y los brujos está aquí, en estas montañas misteriosas. Más de cuatrocientos kilómetros de cimas que unen el Mediterráneo con el Cantábrico, cincuenta y cinco mil kilómetros cuadrados de bosques y nieves que ocultan secretos y misterios que nadie conoce. Londres, París, Roma, Ámsterdam..., geográficamente tan cerca, espiritualmente tan lejos. ¡Incluso los brujos necesitan la civilización.

Fue aquí donde se urdió la gran conspiración que voy a relatar, el tremendo engaño que contribuyó a cambiar el destino de nuestra civilización. Estas palabras que escribo, y otras que narrarán lo que acontezca en el futuro, no son para que vean la luz en los años venideros. El manuscrito permanecerá guardado y sellado y quizá, sólo quizá, llegue a ser conocido en los próximos siglos.

Palabras escritas al viejo estilo, con papel y tinta, guardadas en tubos de cristal y almacenadas en un gran sepulcro de piedra del viejo castillo de Dragone, en el corazón de las Montañas Malditas, en el corazón de los Pirineos.

No dejaba de ser curioso que en el siglo XXI los lugareños siguieran considerando esas montañas parajes hostiles donde se escondía el reino de Satán. Al fin y al cabo, se trataba de las Montañas Malditas, y viejas leyendas y antiguos relatos atestiguaban que los inmensos bloques de granito que casi acariciaban el cielo no eran precisamente del reino de Dios.

PRELUDIO ROMANO

Roma

Simon Mountfort se detuvo en la plaza de San Pedro y contempló durante unos segundos los majestuosos edificios del Vaticano. Después dirigió su mirada hacia los miles de fieles que llenaban la plaza, pendientes del balcón donde iba a salir el papa. Él era un hombre de fe, un creyente como los millones de personas en todo el mundo para los que Dios era una realidad. Aunque en su caso, y debido a su trabajo, las dudas lo asaltaban con demasiada frecuencia.

Simon Mountfort tenía cuarenta y cinco años, pertenecía a la CIA y era subdirector adjunto del Departamento de Asuntos No Clasificables. Se dirigía al encuentro del cardenal Sanpietri, de la Secretaría de Estado del Vaticano, y el motivo de su reunión era recabar información y ayuda para un asunto «no clasificable» que lo había llevado desde Langley, Virginia, hasta Roma.

Cruzó la plaza con paso decidido y entró en el palacio del Gobernador. Mientras esperaba ser recibido, contempló con interés los hermosos cuadros colgados en la antesala del despacho del cardenal Sanpietri, todos ellos de motivos religiosos. Se fijó especialmente en uno concreto, una representación de la Última Cena en la que se leía una inscripción en latín, algo así como «La sangre de la vida

eterna.» Muy adecuado para la ocasión. Eso lo llevó de nuevo a considerar cómo debía plantear el espinoso problema que lo había conducido hasta allí. Una de las puertas laterales se abrió, interrumpiendo sus pensamientos, y un sacerdote de aspecto impecable se dirigió hacia él con pasos apresurados. Tendría alrededor de unos cincuenta años, y vestía una larga sotana negra. Mountfort pensó que en el corazón de la Iglesia católica aún se guardaban las formas.

—Tenga la bondad de acompañarme —dijo el sacerdote con amabilidad—. El cardenal Sanpietri lo recibirá de inmediato.

A continuación se dirigió hacia una puerta, la abrió y le indicó que entrara.

—Pase, por favor.

El despacho del cardenal, como todo en el Vaticano, era impresionante. La elegante sencillez de la mesa de trabajo, las estanterías repletas de libros perfectamente ordenados y la sobriedad de los sillones contrastaban con los inmensos cortinajes de un color rojo intenso que impedían ver la plaza de San Pedro. A pesar de que eran las doce del mediodía y lucía un sol espléndido, el despacho permanecía sumido en la penumbra, apenas iluminado por una tenue luz artificial.

El cardenal Sanpietri, un hombre de unos sesenta y cinco años, de modales suaves y mirada en extremo inteligente —como, por otra parte, la de todos los cardenales—, fue al encuentro de Simon Mountfort. Ambos hombres se saludaron afablemente, aunque en sus ojos había un calculador destello valorativo.

—Eminencia, le agradezco enormemente que se haya dignado recibirme con tanta rapidez —dijo Mountfort en un tono que pretendía ser refinado y culto, de acuerdo con la ocasión.

Cogió la mano que el cardenal le tendía y besó su anillo.

—Lamento no haber utilizado los canales diplomáticos adecuados —prosiguió—, pero la naturaleza del asunto que me ha traído hasta aquí así lo aconseja.

El cardenal Sanpietri sonrió.

—No se inquiete, señor Mountfort —contestó en perfecto inglés—. Estamos acostumbrados a ello.

Le cogió amablemente de un brazo y lo llevó hasta un rincón del despacho en el que había cuatro sillones dispuestos alrededor de una pequeña mesa.

—Sea lo que sea lo que lo ha traído hasta aquí, no dude de que lo escucharé con la máxima atención.

El cardenal le indicó uno de los sillones mientras Mountfort se situaba en una posición de noventa grados con respecto a él, más apta para el tono cordial y de confesión que la de frente a frente, que siempre produce más inhibición. Un cardenal conoce todos los trucos, y lo que es más importante, nunca los olvida.

—Bien, señor Mountfort —dijo cruzando las manos—. Dígame en qué podemos ayudarlo.

Mountfort tardó unos segundos en empezar a hablar. Estaba inquieto, y aunque intentaba disimularlo, no quería demostrar la más mínima inseguridad.

—Eminencia, podría ser que estuviera en situación de intercambiar información sobre un tema un tanto delicado —dijo con aire de misterio.

—Todos los temas que se tratan aquí suelen ser delicados —contestó el cardenal sonriendo levemente.

Mountfort guardó silencio durante unos instantes, luego tomó aliento y finalmente preguntó:

—¿Qué sabe la Iglesia sobre los vampiros?

Si había temido algún tipo de reacción irónica o de burla por parte del cardenal, se equivocaba. Sanpietri permaneció serio y concentrado.

—¿Le apetece un café?

«Bonita manera de ganar tiempo y pensar la respuesta», se dijo Mountfort. Era evidente que el cardenal se había sorprendido, y el hecho de no reflejar ningún tipo de emoción sólo debía atribuirse a sus cualidades diplomáticas.

—Sí, gracias —respondió con aplomo, intentando esconder su inseguridad.

El prelado cogió una pequeña campana que descansaba sobre la mesa, la agitó con suavidad y el peculiar sonido inundó la sala. Mountfort sonrió para sus adentros. Nada de intercomunicadores ni artilugios parecidos. ¡Campanas! La tradición era importante. Segundos después, el joven ayudante del cardenal entró en el despacho.

—Por favor, tráiganos dos cafés —pidió el purpurado con amabilidad.

El clérigo hizo una leve reverencia y luego desapareció.

—¿Por qué le interesa a usted la opinión de la Iglesia sobre ese tema? —preguntó entonces Sanpietri mirando a Mountfort con interés—. No parece algo muy en consonancia con las actividades de la CIA.

El interpelado se incorporó levemente y, animado por el hecho de que no le hubieran mostrado la puerta de salida como respuesta a su extraña solicitud, decidió lanzarse a fondo.

—Desde hace algunos años, el número de asesinatos con idéntica liturgia sangrienta ha ido en aumento: cadáveres sin sangre, en muchos casos con el corazón arrancado y parcialmente mordido, además de extrañas heridas en el cuello. Todos esos casos, que podríamos calificar como asesinatos rituales, han ocurrido en diversas partes del mundo, en apariencia sin conexión alguna.

La llegada del sacerdote con los cafés interrumpió mo-

mentáneamente la conversación. El ayudante del cardenal dejó la bandeja encima de la mesa y volvió a salir sin decir nada.

—Por favor, señor Mountfort, prosiga —pidió el religioso con evidente interés.

—La Oficina de Análisis de Situaciones ha elaborado un informe, por supuesto teórico, sobre la posibilidad de que esos asesinatos pudieran ser obra de vampiros. Contamos, además, con otras evidencias que indican que dichas criaturas podrían ser algo más que un mito...

Sanpietri sonrió abiertamente.

—Lo que usted dice no implica necesariamente la existencia de esos seres. Podría tratarse simplemente de algún tipo de desviación enfermiza.

Mountfort supo que había dado en el clavo. El tono comedido del cardenal, sus palabras y sobre todo el brillo en sus ojos le indicaron que sentía verdadero interés por el tema. Él, gato viejo de la CIA y superviviente nato de todos los cambios políticos acontecidos a lo largo de su carrera, se preciaba de conocer la naturaleza humana. Miró con atención al cardenal y después de unos segundos de silencio técnico se dispuso a hablar de nuevo.

—En efecto —asintió—. La cuestión es que estamos investigando el asunto y quizá pronto dispongamos de alguna prueba.

—Permítame que lo dude —repuso el cardenal—. De todos modos, no alcanzo a comprender qué tiene que ver el Vaticano en todo eso.

—Ustedes llevan dos mil años recopilando información —replicó Mountfort—. Nosotros, sólo cincuenta. Si los vampiros existen, en sus archivos debe de haber abundantes datos sobre el tema y, dada la relación que siempre ha existido entre ustedes y nosotros..., sería interesante compartir dicha información.

De nuevo se hizo el silencio y ambos hombres intercambiaron miradas de análisis.

—¿Y por qué a la CIA le interesa este asunto? —preguntó Sanpietri al cabo.

Mountfort meditó la respuesta. Para él, en realidad había desmotivos: uno, personal; el otro, profesional. ¿Qué decir? Finalmente se decidió por una respuesta ambigua.

—Cualquier núcleo de poder interesa a la CIA. Muchos de los casos que he mencionado antes han ocurrido en Estados Unidos, y si los vampiros existen, quizá estemos hablando de seres muy poderosos.

—Es posible —respondió el cardenal—. Sin embargo, lamento decepcionarlo: la Iglesia no tiene nada que decir sobre ese tema.

Nuevamente, unos segundos de silencio técnico.

—De momento... —agregó Sanpietri.

Para Mountfort, la respuesta del cardenal no constituyó una sorpresa. En ningún momento había confiado en que en su primera reunión le diesen la llave de sus archivos secretos: las cosas eran como eran. Sabía que en los siguientes días habría movimientos por parte del Vaticano, estaba seguro de ello. El matiz final de la conversación, ese «de momento», indicaba que el juego estaba abierto.

Mountfort sacó entonces un sobre del bolsillo y lo depositó sobre la mesa.

—Espero que esto lo ayude a tomar una decisión.

Para él, la conversación había terminado, y sin esperar la reacción del cardenal se levantó del sillón. Sanpietri permaneció inmóvil durante unos segundos sin apartar la mirada del sobre.

—No ha probado el café —dijo el religioso con suavidad mientras se levantaba.

—Usted tampoco —respondió Mountfort besando el voluminoso anillo en la mano extendida del cardenal.

Sonrió levemente y abandonó el despacho.

Una vez a solas, el rostro de Sanpietri reflejó una gran preocupación. De un bolsillo de su sotana sacó un sobre y lo colocó al lado del que le había entregado Mountfort. Eran exactamente iguales. Papel de buena calidad. Matasellos de Roma.

Lo acontecido en la reunión me lo contó Simon Mountfort. Imagino que los hechos no ocurrieron exactamente como él explicó. Puedo imaginarlo bastante menos seguro de sí mismo y mucho más apabullado por la presencia del cardenal. Ciertamente que Mountfort era un buen profesional, pero en lo tocante a la religión, las cosas eran distintas.

PRELUDIO SUIZO

Ginebra

Inmediatamente después de la reunión con el cardenal Sanpietri, Simon Mountfort cogió un avión y viajó a Suiza. Mientras se dirigía en taxi desde el aeropuerto de Ginebra a la clínica Columbia, repasó mentalmente los últimos acontecimientos. Su reunión en el Vaticano tendría consecuencias, y estaba seguro de que no tardarían mucho en llegar. No obstante, ahora tenía un asunto que resolver en Ginebra, y sólo pensar en ello hizo que una pequeña sonrisa aflorase en sus labios. Pronto vería a Margaret Miller, la hermosa doctora suiza que había conocido un año antes en un seminario sobre situaciones límite en el cuartel general de la CIA, en Langley. Desde el primer momento sintió una especial atracción hacia ella, pero en aquella ocasión no había podido dedicarle el tiempo y las atenciones necesarias. Quizá ahora tendría una nueva oportunidad.

El taxi se detuvo en el parking de la clínica Columbia, Mountfort pagó y con pasos rápidos se dirigió hacia la entrada. Margaret Miller estaría esperándolo. Había hablado con ella la noche anterior, y aunque le pareció que su llamada la sorprendía, la doctora no había tenido más remedio que aceptar la cita. Así funcionaban las cosas en la CIA.

A medida que se acercaba a su destino, Mountfort no dejaba de pensar en las posibilidades que tendría en esa ocasión para intimar con ella. La recordaba con toda nitidez a pesar del año transcurrido. Su aspecto descuidado, su pelo alborotado y aquel rictus de amargura en los labios no podían en absoluto ocultar la tremenda belleza animal de Margaret.

Recordó que durante el seminario en Langley ella no había intimado con nadie, a pesar de que algunos lo habían intentado. Después, él se había permitido utilizar los ordenadores de la CIA para seguir su rastro sentimental. Nada de nada. Margaret Miller era una mujer por hacer, y eso añadía más emoción aún al encuentro. Para él, eran almas gemelas. Ambos se habían dedicado más a su trabajo que a las relaciones sociales; ambos seguían solteros a pesar de su edad; ambos eran profesionales competentes y sus cuentas corrientes estaban muy saneadas. Ella, especialista de renombre en enfermedades de la sangre. Él, subdirector adjunto del Departamento de Asuntos No Clasificables, un cargo importante que anhelaba mucha gente en la agencia. Viajes interesantes, buenas dietas y, lo mejor de todo, ausencia de peligro. Nada de operaciones secretas en Sudamérica o en países árabes, expuesto a balas y a bombas. Tras recorrer interminables pasillos, llegó al despacho de Margaret Miller. Antes de entrar se detuvo unos segundos frente a la puerta, respiró profundamente, pensó en cómo enfocar la conversación y finalmente la abrió.

Y allí estaba yo, Margaret Miller, concentrada en la pantalla del ordenador y sumida en la rutina de mi trabajo diario. Desde que recibí la llamada de Simon Mountfort no había dejado de pensar en los posibles motivos de la cita. Mucho misterio, mucha prisa y ninguna explicación por

teléfono. Y aquello me había cabreado. En realidad, cuando decidí, hacía ya más de un año, aceptar los términos del contrato con el gobierno de Estados Unidos jamás pensé que fueran a necesitar me para nada. A ellos les gustaba tener equipos de científicos en estado latente, listos para ser utilizados en posibles crisis, y los tenían de todas clases: para encuentros con extraterrestres; para amenazas de pandemias; para descubrimientos insólitos, o para lo que hiciese falta.

Simon Mountfort entró sin llamar, muy típico de la CIA. ¿Llamar? ¿Para qué?

—Adelante —dije sin levantar la cabeza—. Siéntese, por favor. En seguida termino.

Me tomé mi tiempo para cerrar los programas en que estaba trabajando y apagar el ordenador. Después me incorporé y le tendí la mano.

—Es un placer volver a verla —dijo sonriendo levemente.

—Supongo que habrá una buena explicación para las prisas y el misterio de esta cita —respondí con frialdad.

—Recuerde el compromiso que adquirió usted con el gobierno de Estados Unidos al respecto de posibles crisis relacionadas con aspectos de su trabajo —repuso Mountfort utilizando el mismo tono glacial.

—Suficiente como introducción —dije con seriedad—. ¿Cuál es el problema?

—¿Qué sabe usted de los vampiros?

Mountfort soltó la pregunta con calculada entonación y gestos perfectamente medidos. Tardé unos segundos en contestar, y lo hice de acuerdo con mi formación científica.

—Son mamíferos nocturnos de la familia de los quirópteros, capaces de volar con sus alas membranosas terminadas en dedos. Están provistos de unos incisivos muy puntiagudos que les permiten morder la carne de sus víctimas y

chupar su sangre. Vuelan de noche y se los puede encontrar en Sudamérica. Ah, su mordisco suele transmitir la rabia.

—No me refería a esa clase de vampiros...

—¿Se refiere quizá a los políticos? Es la mutación más cercana de los vampiros.

Mountfort sonrió con ironía antes de contestar. Supuse que interiormente estaba de lo más enfadado, pero lo ocultó a la perfección.

—Ya sabe a lo que me refiero —replicó con aplomo—. Y si he venido hasta aquí es porque el asunto es serio.

—Pues francamente —dije, sarcástica—, no lo parece.

Mountfort iba detrás de los chupasangres por un motivo que yo desconocía, pero que seguramente iba a descubrir muy pronto. La sorpresa y su expresión profesional impidieron que estallase en una gran carcajada.

—Debería actualizar mi ficha. Soy una persona racional que no cree en extraterrestres, fantasmas, hombres lobo ni, por supuesto, vampiros. Debería usted saberlo.

—Sé perfectamente cuáles son sus capacidades y sus creencias. Si estoy aquí es precisamente a causa de su absoluta falta de imaginación.

—Muchísimas gracias por su franqueza —respondí, airada.

—Tómelo como un cumplido. Estoy investigando ciertos casos relacionados con el vampirismo y no quiero en mi equipo a nadie que no tenga esas cualidades a las que ha hecho usted referencia.

—Bien, siga...

Después de tres segundos de silencio, destinados probablemente a captar mi atención, Mountfort empezó con sus revelaciones.

—Tenemos ciertos indicios de que los vampiros, entendiendo como tal una mutación de la especie humana con importantes puntos en común con el mito, existen.

—¿Tienen alguno escondido en el famoso hangar 18, en la habitación contigua a la del extraterrestre? —dije sin molestarme en ocultar mi desdén—. ¿O son tan sólo divagaciones de mentes enfermas?

El hangar 18 era conocido entre todos los amantes de lo extraterrestre como el lugar donde se mantenían en secreto los restos de un ovni y su piloto.

Mountfort, impávido ante mis pullas, sacó del bolsillo de su chaqueta un DVD, que colocó encima de la mesa.

—Quizá sería educativo echar un vistazo a esto.

Lo miré, miré el DVD y tomé una decisión. Había que terminar con el juego. Cogí el disco, me levanté y me dirigí a una habitación contigua al despacho.

—De acuerdo. Vamos a verlo.

Evidentemente, Mountfort no había venido a Ginebra con las manos vacías, y no puedo negar que el asunto empezaba a intrigarme. Por suerte, junto a mi despacho había improvisado una pequeña sala de descanso. En ella había una cama, un cuarto de baño, una especie de cocina, un televisor y un lector de DVD. Yo iba camino de convertirme en una solterona si algún milagro no lo remediaba, y solía pasar muchas horas trabajando. En aquella época de mi vida evitaba la soledad de mi casa y combatía el aburrimiento con fuertes dosis de trabajo. Además, Ginebra era una ciudad sin alma y no me apetecía en absoluto la vida social. Algunas veces había pensado mudarme a Roma o a Barcelona, ciudades mediterráneas con más alegría, pero lo cierto es que nunca había hecho nada para solicitar el traslado.

—Siéntese por ahí —le indiqué despreocupadamente a Mountfort.

Él evitó sentarse a mi lado en la cama. Quitó algunas cajas y libros de una silla y se colocó a una distancia prudente. Permanecimos en silencio mientras el código de colores se visualizaba en la pantalla del televisor.

Oscuridad. La celda de una cárcel. Algo parecido a un ser humano permanece acurrucado a un lado de la habitación. Los rayos del sol se filtran a través de la diminuta ventana. El hombre grita. Intenta cubrirse la cara con las manos. Cuando la luz del sol acaricia su piel, algo que parece humo empieza a surgir de ella. Instantes después, su cuerpo despide pequeñas llamas de color verde azulado. En cuestión de segundos, una gran llamarada envuelve al hombre, que se agita desesperadamente buscando una salida. Varios minutos más tarde es tan sólo un montón de cenizas.

—¿Qué le ha parecido? —dijo Mountfort mirándome con curiosidad.

—¿Ésas son todas las pruebas de que disponen? —inquirí—. Lo que yo he visto ahí es un simple caso de combustión espontánea. Eso, si la película es real. Cabe la posibilidad de que sea un montaje, al igual que la famosa cinta de la autopsia de los extraterrestres. ¿La recuerda?

—Sí, claro —replicó mientras se levantaba—. Fuimos nosotros los que montamos el numerito. Queríamos medir el efecto que produciría sobre el ciudadano medio. Pero esto es distinto: es real. El tipo de la película fue arrestado mientras se estaba comiendo el corazón de su víctima.

—Ah..., ¿y los vampiros dónde están?

Yo seguía sentada en la cama y Mountfort se había situado frente a mí. La verdad es que interpretó bastante bien el papel de duro agente de la CIA: frío, profesional, neutro. En cambio, yo me mostraba amargada, cabreada, escéptica.

—De acuerdo con los protocolos firmados por usted y el gobierno de Estados Unidos, queda reclutada y a disposición de su representante legal...

Y fui reclutada. Tenía que presentarme en Roma al cabo de dos días. Por supuesto, la CIA ya había arreglado el asunto de mi trabajo en la clínica, y lo único que me faltaba era hacer la maleta. Trabajaban bien. Nunca dejaban cabos sueltos. No me habría sorprendido en absoluto encontrar mis cosas en un taxi aparcado en la puerta de la clínica y a mi gata *Isis* hospedada en una residencia para animales. No fue así. Me concedieron tiempo para arreglar mis pequeños asuntos y despedirme de quien fuera. No tenía a nadie de quien despedirme, de manera que salí hacia Roma a la mañana siguiente. En esos momentos, lo único que pensaba era que iba a colaborar en una de las tonterías más grandes en las que la CIA había decidido gastar el dinero de los contribuyentes.

Roma era una ciudad interesante, y enfoqué mi viaje como si se tratara de unas vacaciones. Sin embargo, aún no sabía cuán equivocada estaba.

Mientras tanto, en diversas partes del mundo, algo se puso en marcha.